

El viejo gato y su rímel

Texto: Michael Hernández¹

Ilustración: José Ignacio Barros²

Llegaba por las mañanas, siempre ronroneando su espumante cola entre mis pies.

Llegaba, se paseaba, pero nunca decía su nombre.

Ese gato parecía estar viviendo su última vida.

Estaba seguro de que habían sido más de siete.

Sus patas rosadas a veces acariciaban mi puerta, avisando su llegada, pero nunca decía su nombre.

Había días en que traía un rímel entre sus orejas que daban la impresión de que había tenido una faena entre sus sueños; cuando le preguntaba, solo me ignoraba.

Era un gato extraño, confuso, maltrecho.

Un día no lo dejé entrar a mi habitación y no regresó en una semana; cuando volvió, me mostraba solamente su abultada panza llena de pelos.

Pienso que la demencia de la vejez lo estaba volviendo quisquilloso.

Ese rímel que le combinaba con sus ojos verdes de pradera, no dejaba que nadie se lo tocara; me di cuenta un día cuando, retumbando en los techos, lo encontré por las bóvedas de mis cavilaciones.



El universo en sus ojos.

Fuente: Ilustración de José Ignacio Barros

Al verlo despeinado y con su cola levantada, le pregunté afanosamente hasta quedarme sin aire; pero nunca, nunca me dijo su nombre.

Qué viejo gato tan mañoso, ya no lo quiero más.

De castigo, le pondré nombre de hembra para que algún día se entere, se llene de rabia y pierda su vida cayendo por las escaleras empinadas de este carrusel.

¡Sí! Ojalá pierda la vida y pueda reencarnar en otro gato que me diga su nombre, que recite anagramas de una sola línea y que tampoco maúlle hipócritamente mientras peino mis bigotes después de comer.

Aunque, a decir verdad,

si la pierde él, también la pierdo yo,

porque solo existe uno de los dos. ■■■

1. Psicólogo de la Universidad del Magdalena y especialista en Gestión en Procesos Psicosociales. *E-mail:* michaelhdez19@gmail.com.

2. Estudiante del programa de Odontología en la Universidad del Magdalena y dibujante aficionado. *E-mail:* jignaciobc01@gmail.com.